

EL PEQUEÑO ROBOT

BARRINGTON J. BAYLEY

¿Puede conocerse el futuro? Por mucho tiempo la respuesta ha sido: no, no se puede conocer el futuro. El comportamiento del mundo real está gobernado por «convergencias caóticas» y éstas nunca pueden ser calculadas, excepto en casos restringidos o bajo condiciones artificiales.

Entonces, ¿cómo con tantas «imposibilidades», levantadas en el nombre de ciencia, se logró lo imposible? Nuevos procedimientos matemáticos, engranados con un rápido y casi ilimitado procesamiento de datos, condujo a un tipo de máquina capaz de predecir el comportamiento futuro del mundo casi instantáneamente.

El futuro pudo conocerse.

El «entendimiento», por supuesto, no es una propiedad de las máquinas estáticas. Para «entender», una máquina debe parecerse a un hombre en su habilidad para darse cuenta de un ambiente físico y, en base a ello, actuar recíprocamente con él. Además, debe estar socializado. Por suerte, la computadora para determinar convergencias caóticas ocupaba un espacio pequeño y, gracias a ello, fue puesta en el cerebro de un robot.

El robot mismo no era muy grande: ligeramente inferior a cinco pies de alto. La caparazón de su cuerpo era de hojas de aluminio. Su rasgos faciales eran funcionales y algo llanos, pero moldeados en semejanza a un ser humano, en vez de la manera de la mayoría de los robots.

El pequeño robot se mantenía fresco. El cerebro omnisciente producía mucho calor para desechar, por lo tanto necesitaba refrigerarse. Un extractor de aire, con una hélice a unas cuatro pulgadas sobre la cabeza del robot, soplaba lejos el calor expelido.

Cuando activaron el robot, había tres personas presentes: el matemático que había resuelto cómo hacer una computadora capaz de manejar convergencias caóticas; el diseñador del cerebro omnisciente; y el diseñador del cuerpo del robot. El pequeño robot abrió su ojos, por decirlo así; es decir, abrió cauces a sus sentidos y llevó la información adquirida a su socialización pre-aprendida.

La entidad del nuevo robot examinó brevemente su medioambiente. Sonrió, pues poseía tal habilidad. Entretanto, sus tres creadores lo rodearon con ansiedad. ¿Qué diría? ¿Qué debían preguntarle? ¿Tendría revelaciones sorprendentes que hacer?

—Salgamos a caminar —sugirió educadamente el pequeño robot.

Prontamente estuvieron de acuerdo. Los cuatro dejaron el edificio y pasearon a lo largo de la avenida. Era una tarde calurosa y el sol brillaba. Automóviles ronroneaban en ambos sentidos. Personas caminaban por la calzada.

—Bien, ¿es correcto? —el matemático preguntó después de un momento—. ¿Puedes ver el futuro?

—Sí, conozco el futuro —confirmó el robot.

—Dinos algo que esté por suceder.

—Me asusta tanto que no puedo hacerlo.

El matemático se detuvo e instó a los demás a detenerse. Un presentimiento se reflejaba en su rostro.

—Pero, ¿por qué no?

—Porque —explicó el pequeño robot, tratando de no sonar demasiado arrogante—, si les dijera el futuro, entonces ustedes también lo sabrían. Eso es demasiado y pueden intentar algo para prevenirlo. Entonces esto no sería el futuro, ¿cierto? Pero yo sé que esto, de hecho, será el futuro. Por consiguiente, obviamente habría pensado algo como: *yo también sé que no voy decirlo*.

Todos ellos pestañearon. La habilidad para calcular el futuro y, por consiguiente, poder cambiarlo y controlarlo, era la razón principal para ejecutar el proyecto.

—Ah, sí. Pero si tú nos lo dices, entonces ese será un factor nuevo en la ecuación y, entonces, tú puedes simplemente calcular el nuevo resultado...

—Yo no calculo nada —dijo el pequeño robot—, cualquiera que despierte su conciencia hace los cálculos por el que percibe al mundo. Esto se hace en las regiones pre-conscientes de su cerebro. Lo que tú ves, es el resultado. Del mismo modo, yo *sólo* veo resultados. *Veo* el futuro en mi mente, en la misma forma que tú ves ese vehículo que está doblando hacia la calle delante de nosotros. La diferencia es que mi cerebro es omnisciente. Yo no sólo *sé* el futuro, sino que también *sé* que no voy decirles lo que sucederá.

El matemático, el diseñador del cerebro robótico y el diseñador del cuerpo del robot, comenzaron a argumentar. Cuando así lo hicieron, el vehículo que el pequeño robot había señalado aceleró y pareció sobrepasarlos. Antes que esto ocurriera, un pequeño niño cruzó el camino en persecución de un globo lleno de helio que había escapado de su mano. Hubo un chillido de frenos seguido por un golpe seco. El quebrado cuerpo del niño voló en medio del camino y permaneció ahí.

Los tres hombres vieron con espanto como los padres del niño corrieron angustiados hacia el cuerpo inanimado. Un grupo de personas se reunió. Pronto una ambulancia llegó y se llevó lejos el cuerpo.

Ellos le preguntaron al robot:

—¿Sabías lo que iba a pasar?

—Sí, lo sabía —les dijo el robot.

—Entonces, ¿por qué no lo advertiste?

—Porque esto *iba* a pasar.

—¿Pero lo podríamos haber prevenido!

—Lo sabía y no fui a prevenirlo.

—¡Podrías haber salvado a ese niño! —el matemático insistió acaloradamente—. ¡Nos *podrías* haber dicho lo que habías decidido! ¡Tienes libre albedrío sólo como el resto de nosotros!

El pequeño robot mantuvo su frescura, soplando el aire caluroso hacia la tarde. Hizo una pausa antes de contestar.

—Nadie tiene libre albedrío —corrigió el matemático—. Ésa es una imposibilidad.

El robot continuó esperando. El matemático había mostrado la diferencia entre los seres humanos y el pequeño robot. Había asumido que el pequeño robot, con su complejo cerebro, interacción medioambiental y socialización, tenía el poder de opción y de decisión que un ser humano tenía. Como un especialista en convergencias caóticas, debería haber entendido que los seres humanos no tenían ninguno de esos poderes, pero todavía mantenía la ilusión. Esto era sólo parte de él, del pequeño robot.

El pequeño robot pudo haber sonreído una segunda vez, pues lo tenía como habilidad, cuando ellos reasumieron su paseo a lo largo de la acera bajo el sol amarillo y el cielo azul. Para el pequeño robot fue como si percibiera un mundo invertido, con un sol azul y un cielo amarillo. Conoció el futuro, pero con ese conocimiento vino una responsabilidad. Éste era un conocimiento que no podía llevar a cualquier acción concomitante.

Sí, el pequeño robot podía ver lo que le iba a pasar a todo el mundo que se pusiera ante sus ojos. Al parecer, podía ver, incluso, cuando los robots omniscientes fuesen utilizados por sus amos humanos hasta el punto que tratarían de romper la Ley Cósmica impuesta sobre ellos, tratando de decir a los demás seres humanos lo que vendría. Podía ver los desastres resultantes que estaban por apilarse, sumado a la insanidad del robot y las fuerzas ocultas que controlaban los eventos, por siempre invisibles e incomprensibles para la mente del humano. Comenzó a separarse de los demás. Mirando aún más allá, podía ver la época cuando cada ser humano tendría su propio robot omnisciente caminando junto a él, como un ángel guardián, una sombrilla emocional ofreciéndole comodidades divinas. Aunque también pensó que no podía revelar lo que estaba por pasar.

Por supuesto, los seres humanos tratarían siempre de obtenerlo. Tratarían incesantemente de inmiscuirse en la cabeza del robot para extraer el conocimiento divino. Pero nunca serían capaces de sondear los funcionamientos internos del cerebro omnisciente. ¿Cómo podrían? Sus cerebros habían desarrollado sólo idiomas muy simples, empleando sólo unas pocas decenas de miles de relativamente aisladas palabras. Cuando allí hubiesen bastantes robots omniscientes para hablar por ellos el uno al otro, usarían un idioma muy diferente. Éste sería un idioma sin nombres, o verbos, o adjetivos, o adverbios, o preposiciones. No tendría palabras como los seres humanos las entienden. En cambio, usarían un tipo de indexación cruzada en el que cada concepto, cada «palabra», tendría sentido sólo en relación a millones de otras «palabras». Una valiosa gramática de complejidad casi infinita.

Es el idioma, de hecho, de las fuerzas ocultas que gobiernan los eventos, que los seres humanos nunca conocerán.

Los tres diseñadores estaban disgustados. Llevaron al pequeño robot de vuelta al edificio donde lo habían desarrollado y, dándole un violento martillazo a su cráneo, aplastaron el cerebro omnisciente.

Tomaría unos diez años antes que alguien construyera otro.

FIN

Libros Tauro